

El capítulo XII del Apocalipsis y el capítulo III del Génesis.

INTRODUCCIÓN

El llamado Proto-Evangelio (Gén. 3, 15), no sólo es el testimonio más antiguo que anuncia y promete a la segunda Eva, la Virgen María, sino también una de las fuentes más fecundas de la Mariología y uno de sus más firmes fundamentos; es además como centro a donde convergen todos los demás testimonios de la Escritura y de la Tradición, y que da cohesión y unidad a todos ellos. Pero también este primer germen de la Teología mariana, nutrido a su vez con la savia de los demás testimonios bíblicos y patrísticos, recibe de ellos nueva vitalidad y pujanza vigorosa. Uno de estos textos bíblicos que más estrecha conexión tienen con el Proto-Evangelio, es el capítulo XII del Apocalipsis.

Estos dos documentos mariológicos, el primero y el último de la Escritura, relativos a la Madre de Dios, se esclarecen y completan mutuamente. Para la claridad y consistencia de lo que vamos a decir, conviene aquí fijar de antemano en qué consiste esta mutua iluminación y como causalidad de ambos documentos. Primeramente, como fundamento de todo, hay que establecer firmemente que el capítulo XII del Apocalipsis es, no sólo una alusión, sino una reproducción dramática y simbólica del capítulo III del Génesis. Esto asentado, a la luz del Proto-Evangelio se demuestra evidentemente que la Mujer del Apocalipsis, lo mismo que la del Génesis, es la Virgen María. Viceversa: la pintura que de la Mujer hace el Apocalipsis da relieve y colorido a los rasgos, sugestivos, sí, pero rápidos, del Proto-Evangelio. El Génesis comprueba la identidad personal; el Apocalipsis presenta el semblante, ya conocido, en toda su espléndida belleza.

Estas previas observaciones determinan marcadamente la división de este estudio en dos partes. En la primera, a la luz del Génesis, probaremos que la Mujer prodigiosa del Apocalipsis es la Virgen María Nuestra Señora. En la segunda completaremos, con los símbolos del Apocalipsis, los datos mariológicos del Proto-Evangelio.

I.—El Apocalipsis a la luz del Génesis.

LA MUJER DEL CAPÍTULO XII DEL APOCALIPSIS ES LA MISMA DEL CAPÍTULO III DEL GÉNESIS

Al afirmar que «la Mujer del capítulo XII del Apocalipsis es la misma del capítulo III del Génesis», damos a las palabras su más rigurosa propiedad. Que por cierta acomodación, y aun consecuencia, la Mujer del Apocalipsis sea María, casi no valdría la pena de probarlo, no sólo porque parece innegable, sino, principalmente, porque semejante acomodación o consecuencia apenas podría dar pie a una argumentación teológica digna de tal nombre. Así que afirmamos y pretendemos demostrar que la portentosa Mujer del Apocalipsis es, en sentido propio y principal, la Mujer del Proto-Evangelio. Si en sentido secundario y típico es además la Iglesia, no es ninguna dificultad para nuestra tesis; pero esa significación secundaria, lejos de atenuar la principal, antes la supone y estriba en ella.

Comenzamos por confesar que, si la certeza de nuestra tesis hubiera de basarse en la unanimidad o mayoría de los intérpretes, sería causa perdida. Es un fenómeno verdaderamente extraño ver la poca parte que los intérpretes, aun los católicos, dan a la Virgen María en la significación de la Mujer simbólica del Apocalipsis. Entienden esta Mujer misteriosa, en sentido literal de la Iglesia, sin hacer mención alguna de la Virgen: S. Patricio, Alulfo, Anselmo de Laón, Walafrido Estrabón, Gagneo, Bossuet, Sa, Holzhauser, Mariana, Menoquio, Gordon, Calmet, Crampon, Fillion, Brassac, Ratton, Eyzaguirre, Torres Amat.—La entienden igualmente de la Iglesia, y la aplican a la Virgen, si bien en sentido meramente acomodaticio: Ricardo de San Víctor, Ruperto, San Bernardo, Tirino, Wouters (1), Drach, Ulloa (2), De la Haye, Alcázar (3), Latorre-Izquierdo, Bacuez, Sales. Todavía la entienden de la Iglesia en sentido primario y de la Virgen en sentido secundario, aunque no meramente acomodaticio: Estio, A Lapide y Allo (4). A éstos hay que agregar al P. Terrien, quien la entiende de la Virgen en sentido literal complementario.—Por fin la interpretan en sentido literal y primario de la Virgen, que secundariamente consi-

(1) *Dilucidationes selectarum S. Scripturae quaestionum*, in Apocal. c. 12, q. 1.

(2) *De primis et ultimis temporibus*, disp. III, c. 6.

(3) *Vestigatio ariani sensus in Apocal.*, 12, 1, not. 2.

(4) *Le douzième chapitre de l'Apocalypse*. Revue Biblique, 1909, páginas 529-534.

deran como tipo de la Iglesia: San Agustín (1), Haymón de Alberstadt, Alcuino, Casiodoro, el cardenal Newman (2) y Calmes.

A pesar de la autoridad extrínseca contraria, tenemos por moralmente cierta la interpretación de San Agustín, cuya fórmula aceptamos como admirablemente exacta: «Aquella Mujer significó a la Virgen María, la cual, quedando íntegra, dió a luz a nuestra Cabeza, íntegra también, la cual, además, representó en sí misma la figura de la santa Iglesia» (3). Mas como esta significación secundaria no hace ahora a nuestro propósito, nos limitaremos a demostrar por razones intrínsecas que la Mujer de que habla San Juan es, en sentido primario y estrictamente literal, la Santísima Virgen María.

Pero antes, como nuestros argumentos son de carácter principalmente exegético, es indispensable conocer con la mayor precisión posible la estructura literaria del capítulo íntegro y las particularidades de su estilo, que a tantos han desorientado. Mucho más convincente creemos sería nuestra demostración, si pudiéramos ahora estudiar el capítulo XII a la luz del Apocalipsis en toda su integridad. Mas esto nos llevaría muy lejos: ni es tampoco necesario. Finalmente procuraremos, para no estribar en probabilidades, no fundar nuestra argumentación sino en datos que tenemos por ciertos.

1.—Interpretación literaria del capítulo XII del Apocalipsis.

El capítulo XII del Apocalipsis se divide manifiestamente en tres secciones: (A), 1-6; (B), 7-12; (C), 13-18. Basta consultar las ediciones y versiones modernas de la Escritura, ajenas a toda controversia, para convencerse de lo objetivo de esta división.

(1) *De Symbolo ad Catechumenos* (sermo IV), c. 1 (Migne, PL., XL, 661). No es del todo segura la autenticidad de este sermón. En su comentario al salmo CXLII, 3, SAN AGUSTÍN identifica la Mujer con la Ciudad de Dios, que es la Iglesia. (Migne, PL., XXXVII, 1846). SAN GREGORIO en sus *Morales*, lib. 34, c. 14 (12), la identifica igualmente con la Iglesia. (Migne, PL., LXXVI, 731).

(2) *A Letter addressed to the Rev. E. B. Pusey*, London, 1876, páginas 53 sgs. Sobre la interpretación de los Padres antiguos, cf. CRAMER, *Caten.*, tomo VIII, págs. 351, 535. SWETE, *The Apocalypse of S. John*, pág. 148.

(3) «Draconem diabolum esse, nullus vestrum ignorat. Mulierem illam Virginem Mariam significasse, quae caput nostrum integra integrum peperit, quae etiam ipsa figuram in se sanctae Ecclesiae demonstravit: ut quomodo Filium pariens virgo permanxit, ita et haec omni tempore membra eius pariat, virginitatem non amittat». Ib.

A) Primera sección.—La primera sección presenta los enemigos o campos opuestos—la Mujer con su Hijo por una parte, y el dragón por otra—y la doble derrota del dragón descrita esquemáticamente.

a) «Y una gran señal apareció en el cielo: una Mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estaba encinta: y daba voces por los dolores y tormentos del parto.

Y apareció otra señal en el cielo: y he aquí un enorme dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas; y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó a la tierra.

Y el dragón se puso frente a la Mujer, que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo apenas naciese.

b) Y dió a luz un Hijo, varón, destinado a gobernar todas las gentes con vara de hierro.

Y fué arrebatado su Hijo (y trasladado) a Dios y a su trono.

Y la Mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten durante mil doscientos sesenta días» (1-6).

La estructura de esta primera sección es muy sencilla: se subdivide en dos partes. En la primera aparecen los dos enemigos, al principio separadamente, y al fin uno en frente del otro. En la segunda, anunciado el hecho fundamental, que es el nacimiento del Hijo, se describe rápidamente el doble fracaso del dragón, que es en realidad una doble derrota; ni puede devorar al Hijo, ni desahogar sus impotentes furores en la Madre.

Respecto del estilo conviene advertir, para lo que después se dirá, no solamente el carácter grandioso y simbólico de muchos rasgos, que sería un error grosero interpretar a la letra o aplicar minuciosamente, sino principalmente, la correspondencia o proporción remota que los mismos rasgos significativos guardan con la realidad representada. Si hay cosa cierta en toda esta sección, es que el Hijo que nace de la Mujer es Jesucristo. Ahora bien; compárense los rasgos con que se le representa, y se verá cuán remota proporción guardan con la realidad conocida. Quien pretendiese conocer al Hijo de la Virgen, su persona, su obra, su glorificación, aplicándole literalmente estos rasgos apocalípticos, se formaría una idea muy incompleta y aun equivocada de la realidad histórica. Esto nos debe poner en guardia para no tomar como exacta equivalencia lo que no es sino remota analogía. En el Apocalipsis, menos aún que en otros libros inspirados, nunca debemos extremar la proporción significativa de los símbolos. La letra mata.

B) Segunda sección.—También la segunda sección se subdivide en dos partes: la descripción de una batalla y el himno de la victoria.

a) «Y se trabó en el cielo una batalla: Miguel y sus ángeles declararon la guerra al dragón. Y luchó el dragón y (con él) sus ángeles, y no pre-

valecieron, y no pudieron ya mantener su puesto en el cielo. Y fué despeñado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, que seduce al mundo entero. Fué lanzado a la tierra, y con él fueron lanzados sus ángeles.

b) Y oí una gran voz en el cielo, que decía:

Ahora ha venido la salud, y el poderío y el reino de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo:

porque ha sido derribado el calumniador de nuestros hermanos, el que los calumniaba ante nuestro Dios día y noche.

Y ellos le vencieron en virtud de la sangre del Cordero, y en virtud de la palabra de su testimonio, y tuvieron en poco su vida, exponiéndose a la muerte.

Por esto regocijaos, oh cielos, y los que en ellos tenéis vuestras moradas.

¡Ay de la tierra y del mar, pues ha bajado a vosotros el diablo, lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo!» (7-12).

Desde el punto de vista exegético, acaso no haya en todo el Apocalipsis otro pasaje tan importante como esta sección que nos da, a nuestro juicio, la clave de su interpretación. Para el objeto presente bastarán pocas observaciones.

Primeramente, es evidente que la descripción de la batalla y el himno de la victoria se corresponden mutuamente. Lo contrario—una batalla sin su triunfo y un himno triunfal sin batalla precedente—sería un contrasentido, que haría del Apocalipsis un caos. Hay en el Apocalipsis osadías simbólicas, enteramente ajenas a nuestras habitudes literarias; pero contrasentidos lógicos, no los hay. Así que, la descripción y el himno, como están yuxtapuestos en el orden de sucesión material, así se corresponden mirando ambos a un mismo objeto.

Y, sin embargo, en la descripción, la batalla y la victoria es de los Angeles; en el himno, el triunfo que se celebra es el de Dios y de su Cristo, y también el de «nuestros hermanos». Además, la victoria de la descripción parece ser la primera obtenida por Miguel sobre Luzbel en el origen de los tiempos; pues, entre otras razones, el dragón, antes de la batalla, todavía mantiene su lugar en el cielo, que pierde por su derrota; en cambio, la victoria del himno es reciente, pues «ahora ha venido la salud»; y, sobre todo, los vencedores son «nuestros hermanos», los mártires, principalmente, que «le vencieron en virtud de la sangre del Cordero». Por fin, tanto la descripción como el himno se han de referir en alguna manera a la derrota del dragón, rápidamente anunciada en la primera sección, por lo menos a la derrota respecto del Hijo. Así lo persuaden, tanto la estructura o disposición ló-

gica de todo el pasaje, como la exclamación inicial del himno: «Ahora ha venido la salud, y el poderío y el reino de nuestro Dios y *la potestad de su Cristo.*»

Como resultado de todas estas observaciones, podemos colegir: que la batalla y la victoria, que primero se describe y luego se canta, en esta segunda sección, no es precisamente un hecho particular y concreto, sino más bien la guerra permanente entre el bien y el mal, con la victoria definitiva del bien. O mejor acaso: es la batalla entre Cristo y Luzbel, con la victoria definitiva de Cristo: victoria, conseguida principal y como centralmente por el Hijo de Dios en el Calvario, pero preludiada ya en la victoria de Miguel contra el dragón al principio de los tiempos, y continuada después por los fieles testigos de Cristo. Esta amplitud y a la vez unidad de la victoria del bien sobre el mal, da a todo el pasaje una grandiosidad que no alcanzaría si se tratara solamente de un hecho particular.

Advertimos, con todo, que por más razonable que tengamos esta interpretación, no es en modo alguno necesaria para el objeto principal que ahora nos proponemos. Nos basta para la solidez de nuestra tesis que, de cualquier modo, se narre y se celebre la victoria contra el dragón, y que en esta victoria tenga Cristo la parte principal.

Aunque tampoco sea necesario para nuestro intento, no queremos omitir que en nuestra interpretación adquiere mucha probabilidad la hipótesis teológica, según la cual la derrota y caída inicial de Luzbel tenía conexión con Cristo, Dios-hombre propuesto por el Padre a la adoración de los Angeles, y cuya soberanía no quisieron acatar los ángeles prevaricadores.

C) *Tercera sección.*—En esta tercera sección se describe más por menor la derrota del dragón en su lucha contra la Mujer, antes sólo esquemáticamente bosquejada, y se anuncia la guerra del mismo dragón contra los restantes de la «Descendencia» de la Mujer.

a) «Y el dragón, cuando vió que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la Mujer que había dado a luz al Varón. Y fuérnle dadas a la Mujer las dos alas de la grande águila, para que huyese volando al desierto a su propio lugar, donde es sustentada un tiempo y (dos) tiempos y la mitad de un tiempo, lejos de la presencia de la serpiente.

Y la serpiente arrojó de su boca tras la Mujer agua como un río, para arrastrarla con su corriente. Y socorrió la tierra a la Mujer, y abrió la tierra su boca y absorbió el río que había arrojado el dragón de su boca.

Y se enfureció el dragón contra la Mujer.

b) Y se fué a hacer guerra con los restantes de su Descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús.

Y se detuvo sobre la arena del mar» (13-18).

También esta sección sugiere observaciones interesantísimas, no sólo

para el objeto presente, sino también para la interpretación general del Apocalipsis. Notaremos ahora solamente que, como hemos indicado, esta lucha encarnizada del dragón contra la Mujer es la misma anunciada rápidamente en la primera sección: como lo convence su huída al desierto, y más aún, la simbólica indicación cronológica equivalente en ambos puntos. También la nueva fase de la lucha del dragón contra los restantes de la Descendencia de la Mujer es la misma anunciada en el himno de la segunda sección.

* * *

Comparando entre sí las tres secciones, podemos concluir como resultado de todo el análisis que precede, que todo el capítulo XII del Apocalipsis es una visión simbólica de la lucha del dragón contra la Mujer y su Descendencia, una a la vez y múltiple: el Varón y los demás de su linaje. En la primera sección, después de presentados y como careados los adversarios, se esbozan esquemáticamente las dos fases principales de la lucha: contra el Varón y contra la Mujer su Madre. La segunda sección es un cuadro sintético de la derrota del dragón en toda su amplitud: desde la derrota inicial en su primera lucha contra Miguel y sus Angeles, cuyas peripecias se recuerdan, o, más bien quizá, con cuyos rasgos se describe la lucha principal y como céntrica contra Cristo, hasta los últimos combates con los demás de la Descendencia de la Mujer. En la descripción de la batalla es digno de notarse lo que ya antes hemos observado, que, siendo los enemigos presentados en la primera sección el dragón y la Mujer con su Hijo, luego, en la segunda sección, la batalla se traba entre ángeles: es que, como acabamos de indicar, esta batalla, más bien que la primera librada en el cielo, no es sino una imagen simbólica del combate definitivo entre Cristo y Luzbel. El himno que sigue a la descripción no guarda, respecto de la batalla, orden cronológico: es lo que, con un término aristotélico, podríamos llamar la *diánoia* o pensamiento de la escena que precede: a la manera de los coros de la tragedia griega, que no siguen los pasos del desarrollo dramático, sino que, ya volviendo la vista atrás, ya mirando hacia adelante, ya sintetizando o remontándose a la tesis universal, expresan la lección moral o la significación filosófica del drama. Por fin, en la tercera sección se desarrolla la batalla entre el dragón y la Mujer antes apuntada, y se anuncia de nuevo la guerra contra los Santos, que se describirá en los capítulos siguientes.

2.—El capítulo XII del Apocalipsis, exhibición simbólica del Proto-Evangelio.

Todo el capítulo XII del Apocalipsis es única o principalmente un cuadro en que se pinta con rasgos simbólicos la enemistad y la lucha de la ser-

piente contra la Mujer y su Descendencia: lucha en que el Cordero derrama su sangre victoriamente, y en que la serpiente queda derrotada en toda la línea. Ahora bien; esto, ni más ni menos, es lo que contiene el Proto-Evangelio (Gen. 3, 15). «Dijo Dios a la serpiente:

Pondré enemistades entre ti y la Mujer,
y entre tu descendencia y su Descendencia:
Ella (su Descendencia) quebrantará tu cabeza,
y tú morderás su planta.»

Sólo este sencillo cotejo bastaba para convencerse de la identidad de contenido entre ambos pasajes, y, consiguientemente, de que la Mujer del Apocalipsis es la misma que la del Génesis: la Virgen María. Pero, dada la importancia de esta identidad, negada o puesta en duda por tantos intérpretes, no será inútil ensayar una demostración más detenida y analítica.

A) Como primera razón y fundamento de las razones siguientes, no es justo omitir que en todo el capítulo XII se expresa hasta ocho veces, y siempre con frases propias, la maternidad de la Mujer. Si se tratase de expresiones enigmáticas o jeroglíficas, habría lugar para entender simbólicamente tales expresiones; mas tratándose de frases propias y tantas veces repetidas y variadas, no es lícito apelar a una significación simbólica o metafórica, a no ser por razones muy apremiantes. Tales razones aquí no existen, o son de ningún valor. De consiguiente, la maternidad de la Mujer es una maternidad propia. Y como el Hijo de la Mujer es, evidentemente, Cristo, consiguientemente, su Madre es la Virgen María.

B) Las ediciones y versiones modernas de la Escritura más esmeradas, que anotan las citas o alusiones del Antiguo Testamento en el Nuevo, en el capítulo XII del Apocalipsis señalan repetidas veces la alusión manifiesta que se hace al Proto-Evangelio. Y con razón. Los elementos característicos del Proto-Evangelio son, en efecto: la serpiente, «la Mujer» y su «Descendencia», la cabeza de la serpiente quebrantada por la «Descendencia de la Mujer», y la planta de esta «Descendencia» quebrantada a su vez por la serpiente. Ahora bien; todos estos elementos, y propiamente solos ellos, reaparecen en el Apocalipsis, como antes hemos notado. Es, por tanto, uno mismo el significado de ambos pasajes. Y como evidentemente es una misma la serpiente, una misma la doble «Descendencia de la Mujer», unas mismas las enemistades y una misma la lucha, luego igualmente es una misma la Mujer de ambos pasajes. Luego en uno y en otro es siempre la Virgen María. — Esta razón, unida a la precedente y confirmada por las siguientes, hace, a nuestro juicio, moralmente cierta la identificación. Y si, saliendo de los límites de la Teología bíblica, consultásemos ahora los documentos de la Tradición patrística, entonces, a la luz de la Teología integral, no dudaríamos de calificar (siempre según nuestra opinión particular y privada) esta identificación de teológicamente cierta,

C) Sin duda que algunos rasgos de la Mujer parecen, a primera vista, ajenos de la Santísima Virgen y más propios de la Iglesia. Con todo, bien considerados, no sólo no destruyen la tesis establecida, sino antes bien la corroboran. Analicémoslos en particular. Pero antes no es inútil repetir que semejantes dificultades, aun cuando tuvieran algún valor, con todo, para poder destruir la tesis establecida, habrían de tener fuerza suficiente que contrapesase las razones precedentes, lo cual, evidentemente, distan mucho de hacer.

Los dos rasgos principales que pueden aducirse para identificar la Mujer con la Iglesia son los dolores y voces de su parto, y su fuga al desierto. Ahora bien; ambos rasgos son manifiestamente simbólicos (sobre todo el segundo), y además reproducen expresiones del Antiguo Testamento (sobre todo el primero), en las cuales citas *verbales* nunca hay que extremar la significación de las palabras. Luego su dificultad u oscuridad, de orden meramente exegético, no es razón suficiente para contrarrestar el valor de las expresiones propias y de las citas *reales* del Antiguo Testamento.

Esta consideración previa es ya suficiente para desvanecer la dificultad. Pero hay más: estos rasgos no sólo no debilitan nuestra tesis, sino que la corroboran. Basta, para convencerte, estudiarlos más en particular.

Los dolores del parto, que en la Iglesia apenas pueden justificarse razonablemente, tienen en la Virgen María una verificación sorprendentemente exacta. En efecto; el Apocalipsis no presenta simplemente a la Mujer como la Madre natural de la persona física de Jesús, sino más bien como Madre del Redentor en cuanto tal, con todos los cuidados, penas y agonías que esta maternidad, moral y física a la vez, lleva consigo. Además, y esta consideración parece decisiva, el mismo Apocalipsis declara expresamente que la «Descendencia de la mujer», a más de la persona de Jesús, incluye también a todos los Santos, cuya maternidad fué sin duda dolorosísima para el Corazón de María. Luego lo que se aducía como dificultad se convierte en razón positiva, como se verá más claramente aún, por lo que después diremos de la Mariología del Apocalipsis.

El otro rasgo, de la fuga al desierto con las dos alas de la grande águila es, por su simbolismo casi enigmático, más oscuro para la exégesis que difícil para nuestra tesis; y no significa, en definitiva, otra cosa sino que la Mujer queda ilesa de presente y asegurada para en adelante, de los ataques de la serpiente, que fracasa por completo; lo cual se verifica con toda propiedad en la Virgen por su total exención del pecado y, señaladamente, por su Concepción Inmaculada.

D) Todas estas razones adquieren nueva fuerza si se considera que el autor del Apocalipsis es el Discípulo amado; a quien el divino Maestro confió al morir el cuidado de su Madre, a la cual, desde entonces, miró

siempre Juan como a su propia madre, y recibió agradecido en su propia casa. Su inteligencia, por tanto, que tan íntimo conocimiento había adquirido de las excelencias de María, y su corazón, que la amaba con cariño entrañablemente filial, estaban admirablemente predisuestos y como propensos para meditar y dar a conocer sus excelsas prerrogativas. Y al ofrecerle ocasión tan propicia la alusión, o más bien, reproducción del Proto-Evangelio, que a voces habla de María, no es de creer que el hijo querido y privilegiado apartase los ojos de la visión atrayente de su madre para fijarlos en otro objeto. Reproducir un hijo todos los elementos del Proto-Evangelio, excluyendo deliberadamente a su madre, que tan principal parte tiene en él, es un absurdo psicológico y moral, que no puede admitirse.

E) Como simple confirmación secundaria, es justo consignar que todo el capítulo, entendido de la Virgen, tiene perfecta cohesión y unidad, exegética y teológica, y abarca, además, los principales puntos de la Teología mariana, lo cual no deja de ser una comprobación o verificación atendible de la solidez de nuestra tesis.

Si después de todo esto quedase aún alguna dificultad, ésta desaparecería admitiendo, además de la significación primaria, otra secundaria, relativa a la Iglesia; de suerte que los rasgos de las dos significaciones, combinados y como fundidos a veces en uno solo, diesen una imagen compuesta, que en su parte principal representase a María y en su parte secundaria se refiriese a la Iglesia. No quiere esto decir que las dos imágenes se confundiesen y que su significación resultase incierta o ambigua; pues en este caso, como en otros muchos, no raros en la Escritura, la significación primaria sería directa e inmediata; la secundaria, indirecta y mediata. A la significación primaria pertenecerían los rasgos en su casi totalidad; a la secundaria, algunos pocos, menos importantes (1).

II.—El Proto-Evangelio a la luz del Apocalipsis.

LA MARIOLOGÍA DEL GÉNESIS, ILUSTRADA POR EL APOCALIPSIS

La mutua iluminación del Génesis y del Apocalipsis no es una petición de principio. Cada uno de los dos documentos tiene su luz propia y distinta. La luz del Génesis es absoluta y primaria, si bien menos intensa; la del Apocalipsis, aunque hipotética, es más brillante. A la luz del Génesis se demuestra la identidad personal; a la luz del Apocalipsis se muestran más espléndidas las excelencias y prerrogativas ya anunciadas o bosquejadas en el Proto-Evangelio. Asegurada ya a la luz del Génesis la identidad personal

(1) Cf. SAN AGUSTÍN, ALLO, II, cc.

de «la Mujer», estudiemos ahora el mayor esplendor o relieve que la luz del Apocalipsis comunica a la Mariología del Proto-Evangelio.

En tres secciones dividiremos esta segunda parte de nuestro estudio: 1) en la primera estudiaremos la maternidad divina de María y su perpetua virginidad; 2) en la segunda, su Concepción Inmaculada y, generalmente, su universal exención de todo pecado; 3) en la tercera, sus dos prerrogativas afines de Madre espiritual de los fieles y Corredentora de los hombres. Por vía de conclusión contemplaremos la gloria eminente de María, cual la proclaman los símbolos radiantes del Apocalipsis.

1.—María, Madre de Dios y Virgen.

Que la Mujer sea Madre del Reparador, en el Génesis sólo se indica con la expresión «Descendencia de la Mujer», con que se designa al prometido Redentor; expresión clara, sin duda, pero no tanto como las variadas expresiones con que en el Apocalipsis se designa esta maternidad. Aquí, en efecto, se consigna, como por grados, primero, la preñez de la Mujer; luego, su proximidad al parto; después, el parto mismo, y por fin se designa a la Madre, como con nombre propio, «la Mujer que dió a luz al Varón». Esta coherencia de expresiones, como antes hemos advertido, no es frecuente en el Apocalipsis, sobre todo cuando se trata de imágenes meramente simbólicas. Se trata aquí, por tanto, de una maternidad propia.

Que tal maternidad sea divina, en el Génesis apenas se insinúa; en el Apocalipsis, en cambio, la divinidad del Hijo de la Mujer está gloriosamente proclamada, como nadie duda. Por consiguiente, la maternidad de la Mujer es, según el Apocalipsis, estrictamente divina. Sin salir del capítulo XII, aquellas misteriosas palabras: «Y fué arrebatado su Hijo (y trasladado) a Dios y a su trono», no significan meramente que el Hijo fué puesto en seguridad, lejos de los asaltos de la serpiente, como se dice de la Mujer, sino que recibió honores divinos, lo cual es exclusivo de Dios. Esto, sin duda alguna, significa el ser trasladado y encumbrado al trono de Dios, que no es otra cosa que ser asociado con perfecta igualdad a su incomunicable realeza divina. A la luz de esta expresión inequívoca debe interpretarse la precedente «ser arrebatado a Dios», que, si exegéticamente no es tan clara, es de mayores quilates teológicos; y una vez determinada su significación, quiere decir no meramente que el Hijo fué trasladado a donde está Dios, sino elevado a la gloria de Dios, al igual del mismo Dios.

Además de la divinidad, se confiesa la dignidad mesiánica del Hijo de la Mujer, cuando se dice de él que «ha de pastorear (o regir) todas las gentes con cetro de hierro», alusión manifiesta al salmo II (v. 9), literal y exclusivamente mesiánico. Y como en este mismo Salmo se contiene tan clara-

mente la divinidad del Mesías, indirectamente en el Apocalipsis también se confiesa la misma divinidad del Hijo de la Mujer, la cual, por lo mismo, es Madre de Dios.

Pero lo más característico del Apocalipsis no es la realidad o carácter divino de la maternidad de la Mujer; otros pasajes bíblicos hay en que lo uno y lo otro se expresa con mayor claridad. Lo propio y característico del Apocalipsis es que la Mujer, desde el primer momento, desde su primera aparición, antes de que se hable de su victoria sobre la serpiente, se muestra ya como Madre de Dios, revestida por esto de toda la gloria y majestad que a tal Madre corresponde: envuelta en esplendores de luz, émula de los rayos del sol; posando sus plantas sobre la luna, como sobre escabel de gloria; coronada su frente con diadema de estrellas, como de perlas y brillantes celestes. ¿Qué otra figura, fuera de la de Dios, aparece en el Apocalipsis tan esplendorosa y regia, tan envuelta en los fulgores santos de la divinidad? Ninguna. Sólo la gloria divina del Cordero sobrepuja la gloria de la Mujer. ¿Y por qué? Porque ya desde el primer instante aparece *in utero habens* llevando en su seno inmaculado un fruto divino, del cual, como de foco, proceden estos fulgores radiantes de divinidad. Lo cual quiere decir, no ya solamente que el Hijo de la Mujer es al mismo tiempo Hijo de Dios, y que ella, su Madre, en todo el sentido de la palabra es, consiguientemente, Madre de Dios, sino, y principalmente, que esta divina maternidad es como el carácter distintivo de la Mujer y toda la razón de su existencia; y que ya desde la eternidad, entre los esplendores de la luz increada, existía en la mente y en el corazón de Dios la imagen de la Mujer, como Madre del Hijo de Dios. María era eternamente predestinada para Madre de Dios; y esta excesa dignidad, inherente a su persona e inseparable de ella, era el origen y primera raíz de todas sus grandezas y prerrogativas.

La virginidad de la Mujer, tanto en el Génesis como en el Apocalipsis, sólo se insinúa o se designa negativamente. En efecto; en ninguno de los dos documentos se hace la menor mención o alusión al padre humano del Hijo; y, por otra parte, en uno y otro se da tanto relieve a la Madre, sobre todo en el Apocalipsis, que hace imposible la existencia de un padre humano, cuyos paternos derechos tan injustamente se desconocerían. Además, hay en el Apocalipsis un rasgo, que no conviene desperdiciar, y es la cita mencionada del salmo II, en que el Mesías se presenta como Hijo de Dios, llamado así con tanto énfasis, que excluye la coexistencia de un padre terreno, sobre todo si se tiene en cuenta que el que celebra esta filiación divina del Mesías es David, de cuyo linaje había de nacer.

2.—Inmaculada Concepción y exención universal de pecado.

En el Proto Evangelio la Concepción Inmaculada de la Mujer, y, generalmente, su universal exención de pecado, se expresa con dos rasgos correlativos: la asociación de la Mujer a su «Descendencia» y su hostilidad perpetua con la serpiente. Ambos rasgos, sobre todo el segundo, quedan notablemente reforzados en el Apocalipsis.

La asociación de María a su Hijo es en el Apocalipsis tan íntima y completa, que al principio los dos adversarios que se presentan, uno en frente de otro, son la Mujer y el dragón. Claro está, por el contexto, que el dragón se proponía asaltar a la Mujer, no tanto por ella, cuanto por el Hijo que llevaba en el seno; pero esto mismo revela tanta compenetración entre la Madre y el Hijo, que es indiferente hacer la guerra a cualquiera de los dos. Y esta asociación de la Madre al Hijo es también completa extensivamente, pues ya desde el principio, desde la primera aparición de la Mujer, ésta con el Hijo está en actitud hostil contra el dragón.

Esta hostilidad es la que principalmente adquiere en el Apocalipsis mayor relieve. Mientras en el Génesis sólo se dice explícitamente que Dios pondrá enemistad entre la serpiente y la Mujer, en el Apocalipsis, en cambio, se pinta al vivo esta hostilidad, en la cual la Mujer, antes del nacimiento del Hijo, parece tener la íntegra representación. Y no sólo se describe la hostilidad, sino también la completa inutilidad de los ataques del dragón contra la Mujer, cuya evasión se narra dos veces y se representa con rasgos, en extremo simbólicos, pero clarísimos, en su significación esencial. En efecto; «el dragón se pone frente a la Mujer»; pero «la Mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios». «El dragón... persiguió a la Mujer que había dado a luz al Varón. Mas fuéreronle dadas a la Mujer las dos alas de la grande águila, para que volase al desierto, a su propio lugar... lejos de la presencia de la serpiente. Y la serpiente arrojó de su boca agua tras la Mujer como un río, para arrastrarla con su corriente. Mas la tierra socorrió a la Mujer, y abrió la tierra su boca y absorbió el río que había arrojado el dragón de su boca. Y se enfureció el dragón contra la Mujer.» Mas inútilmente. Desesperado de alcanzar ya a la Mujer, «se fué a hacer guerra a los demás de su «Descendencia». Verdaderamente, apenas se podía pintar con más vivos colores la saña encarnizada del dragón contra la Mujer y la completa evasión de la Mujer, siempre y en todo invulnerable a los tiros de la serpiente.

Conviene, con todo, notar más en concreto que esta invulnerabilidad de

la Mujer incluye, en general, su exención de todo pecado, y en especial su Concepción Inmaculada.

La exención universal consta del tenor mismo de las expresiones ilimitadas y de las repetidas veces que se dice haber quedado la Mujer ilesa de los asaltos de la serpiente, y quedar definitivamente a resguardo de ellos para en adelante, sin que, por otra parte, haya el menor indicio de que, ni siquiera transitoriamente o en lo más mínimo, haya recibido la Mujer la más ligera lesión de la serpiente. Antes del primer asalto aparece ya la Mujer vestida del sol, posando sus plantas sobre la luna, coronada de estrellas; en esta primera aparición el dragón sólo está en actitud expectativa, que luego sale doblemente frustrada. Despues del último ataque, la serpiente queda rabiosa contra la Mujer, y revuelve sus iras contra el resto de su «Descendencia»; lo cual indica que en todos sus ataques ha fracasado, y que, desesperado ya de alcanzar a la Mujer, se resuelve a dirigir sus ataques a otra parte con más esperanzas de resultado.

La Concepción Inmaculada, además de ser una consecuencia de esta exención universal, está insinuada particularmente en la alusión que se hace al pecado original, cuando se dice que «fue derrocado el gran dragón, *la serpiente antigua*, que se llama Diablo y Satanás, que seduce al mundo entero». Esta serpiente antigua, que seduce al mundo entero, es la serpiente infernal, que en el paraíso de una vez sedujo a todo el linaje humano, a excepción de la nueva Mujer, que siempre estuvo en guerra con ella, siempre fuera del alcance de sus tiros.

Pero esta victoria la debe la Virgen, lo mismo que todos los que vencen a la serpiente, a la «sangre del Cordero». Esta expresión del Apocalipsis es por muchos conceptos digna de atención en este lugar. Primeramente, parece inspirada en ella aquella otra de la Iglesia en la oración de la fiesta de la Inmaculada Concepción: «Qui ex morte Filii tui praevisa eam ab omni labe praeservasti...» En segundo lugar, llama la atención que en medio de la victoria más completa y gloriosa del Hijo de la Mujer sobre la serpiente, se hable de la «sangre del Cordero», esto es, de la muerte del Hijo. Es que, precisamente muriendo, y derramando su sangre, como cordero sacrificado, venció y triunfó. Y como el triunfo del Hijo es el primero de que aquí se habla, se indica con esto con bastante claridad que todas las otras victorias, las de la Mujer y de los demás de su Descendencia, son fruto de esta primera victoria del Hijo de la Mujer. Por fin, esta sangre del Cordero es otra alusión al Proto-Evangelio, donde se dice que, si la Descendencia quebrantara la cabeza a la serpiente, será, en cambio, quebrantada la planta de su pie: nueva confirmación de la identidad de la Mujer y de la relación de su victoria con el pecado original.

Si la victoria de la Mujer se debe a la sangre del Cordero, su extensión

alcanza toda la vida de la Virgen. Lo mismo que los demás de su «Descendencia», que vencen a la serpiente «guardando los mandamientos de Dios y manteniendo el testimonio de Jesús» y «en virtud de la palabra de su testimonio, hasta despreciar su vida y arrostrar la muerte», la Virgen vence a la serpiente desde el primer instante de su vida hasta el fin de ella, con lo cual se muestra exenta de la mancha original y de toda falta actual y personal y rica además de las más heroicas virtudes.

3.—Madre espiritual de los Santos y Corredentora de los hombres.

Las precedentes excelencias y prerrogativas de la Mujer, expresadas ya o insinuadas en el Proto-Evangelio, reciben, a no dudarlo, nueva luz y confirmación del Apocalipsis; pero estos dos nuevos títulos de Madre y Corredentora de los hombres, tan gloriosos para la Virgen, acaso en ningún otro lugar de la Escritura estén tan explícitamente expresados. Y aun cuando no se sacase otra ventaja de haber identificado la Mujer del Apocalipsis con la del Proto-Evangelio que ésta, no sería poco el provecho que de ella sacaría la Mariología. Y nosotros nos daríamos por muy bien pagados de nuestro trabajo.

A) *Maternidad espiritual y universal*.—Primeramente, María es Madre espiritual de todos los hombres que están en Cristo Jesús. La expresión de que se vale el Profeta para significar a los santos, «los restantes de su Descendencia», es de tal claridad, que no deja lugar a la menor duda. Pero conviene no quedar en la superficie, contentos con esta primera claridad, por suficiente que sea. La luz no está reñida con la profundidad y la plenitud.

Desde su primera presentación, María es ya Madre, que lleva en su seno un fruto misterioso. Este fruto es el Hijo Varón, que luego da a luz, y que parece agotar toda su fecundidad maternal. Ya no se habla más, en efecto, de nueva concepción, ni de nuevo parto. Más aún, después se designa a la Mujer, como definiéndola o dándole un nombre propio, llamándola con doble determinación *«la Mujer que dió a luz al Varón»*. Ya en el himno del triunfo, cantado en el cielo, se ha celebrado la victoria de los «hermanos, que, despreciando la vida y arrostrando la muerte, han vencido en virtud de la sangre del Cordero y con la palabra de su testimonio»: éstos, celebrados aquí con antelación, son los mismos que después son llamados «los restantes de la Descendencia de la Mujer»: y, sin embargo, la Mujer sigue siendo siempre «la que dió a luz al Varón». Esta misteriosa unidad y multiplicidad de la maternidad de la Mujer está admirablemente expresada en la frase «los restantes de la Descendencia de la Mujer». Sin apelar aquí a la profunda reflexión y originalísima argumentación del Apóstol San Pablo

(Gal., 3, 16-17), ya la misma expresión del apocalipsis señala la unidad al hablar de la Descendencia en singular, sobre todo no habiendo precedido sino un parto, y no menos la multiplicidad, al hablar de los demás de la Descendencia. Todo lo cual quiere decir, sobre todo si se recuerda el Proto-Evangelio y la unidad del Cristo místico en San Pablo, que el Hijo que dió a luz la Mujer, si por una parte es principalmente el Hijo de Dios, por otra contiene también a todos los hombres místicamente incluidos en él, y que en virtud de esta inclusión participan de la filiación de la Mujer, como participan de la filiación adoptiva de Dios. «Los demás» suponen uno precedente, incluido por título de primacía en la Descendencia, que ha de ser una misma, para que el uno y los restantes formen una Descendencia singular.

El pasaje que vamos a citar, para demostrar que la Virgen es Corredentora de los hombres, es al mismo tiempo inequívoca confirmación de su maternidad espiritual.

B) Corredentora de los hombres.—«La Mujer estaba encinta, y daba voces por los dolores y torturas del parto». Este rasgo, que a muchos ha desconcertado en su interpretación, es precisamente uno de los más característicos de la Mujer. No es fácil negocio agotar su fecundidad: procuraremos, a los menos, recoger sus principales enseñanzas.

Primeramente, es justo advertir que en la estructura gramatical del original griego, la frase «estaba encinta» está más estrechamente unida a lo que precede que no a lo que sigue: «Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol... y estando encinta: y da voces...». Lo cual significa que esta preñez, virtualmente doble, como hemos indicado, es una de las grandes glorias, o mejor, la gloria fundamental de la Mujer. Si después da gritos de dolor, las torturas del parto no son los dolores vulgares de las hijas de Eva, que la nueva Mujer no conoció en su parto virginal de la persona física de Jesús. Son los dolores de otro parto. La Mujer, ante la cual está el dragón como a punto de acometer, da a luz a la Descendencia que va a luchar contra él; Descendencia esencialmente luchadora; Descendencia que incluye al Varón, al Cordero que va a derramar su sangre, y a los demás, a los hermanos, que van a arrostrar la muerte por el testimonio de Jesús. Esto quiere decir que la Mujer no es meramente Madre de la persona física de Jesús, sino Madre del Redentor en cuanto tal, de cuyos dolores y luchas participa no menos que del fruto de su victoria; Madre también de los redimidos en cuanto tales, cuya muerte, muerte de hijos, le traspasa el Corazón materno ya desde el parto mismo, como que los da a luz luchadores hasta morir. «Los demás de la Descendencia» vencen muriendo, porque el primero de la misma Descendencia derramó antes su sangre por ellos; pero todas estas victorias de sangre incluidas en el parto de la Mujer son las que le arrancan los gritos simbólicos de su dolor materno,

y las que sellan, por decirlo así, su doblada participación en la Redención de Cristo: participación en los dolores fecundos del Redentor, y participación en el fruto doloroso de los redimidos. Por cuya doblada participación tiene justo derecho la Mujer a ser considerada como íntimamente unida a la obra de la Redención: a ser llamada Corredentora con Cristo de los hombres.

Hemos notado anteriormente que la muerte sangrienta del Cordero es la mordedura que la serpiente logró dar a la descendencia de la Mujer; mordedura en el pie solamente, porque no había de destruir definitivamente su persona, ni arruinar su obra, pero mordedura, al fin, mortal, como de serpiente tan infernalmente venenosa. De semejante manera podemos decir que estos dolores y torturas del parto de la Mujer son la parte que le cupo en la mordedura de la serpiente, de la cual, si por su Hijo y en su Hijo alcanzó victoria hasta quebrantarle la cabeza, no por eso dejó de recibir en cierta manera su mordedura, no la del pecado, como tampoco fué tal la de su Hijo, sino la de los dolores que habían de expiar el pecado y redimir a los pecadores.

Conclusión.

LA GLORIA DE LA MUJER

«La Mujer» es una gran señal aparecida en el cielo. Esta Mujer misteriosa es, ciertamente, una persona física: es la Madre virginal de Jesús; pero su significación, su simbolismo, su misterio, la hacen una señal, señal grande, señal que aparece en el cielo. También el dragón es una señal que se muestra en el cielo; pero el dragón es derribado de él, la mujer no; el dragón es simplemente una señal; la Mujer es una gran señal. Y si el dragón es una señal porque simboliza y encierra en sí toda la potencia del mal, todo el ejército de los enemigos de Dios, la Mujer, que aparece en frente del dragón, como gran señal, representa y encierra en sí, en virtud del fruto que lleva en su seno, toda la potencia del bien, todo el bando de los fieles de Dios. Este gran simbolismo de la Mujer es una admirable imagen, no sólo de la excelsa e incomunicable dignidad de la Mujer, sino de su representación en la historia de la Redención, en la historia divina. Por eso no causa maravilla la descripción con visos y reflejos de divinidad que de ella hace el vidente. Cualquiera que sea la significación precisa del Sol, que la reviste, de la Luna, que la sostiene, de las Estrellas, que ciñen sus sienes, no puede negarse que son una expresión simbólica, la más grandiosa que podía imaginar el vidente, de la regia majestad de la Mujer: de su manto de luz, de su trono de luz, de su corona de luz. Y ¿por qué no admitir también que estos símbolos grandiosos expresan el señorío e imperio de

la Mujer sobre la creación entera, cuyos más espléndidos representantes están humildemente destinados a su servicio?

Pero esta gloria de la Mujer no es una prerrogativa aislada o particular, sino una suma o resultado de todas sus excelencias y la exhibición de su eterna predestinación a todas ellas.

Ya hemos notado antes la conexión de esta gloria con su divina maternidad. Si la Mujer excede tanto los límites en que el Apocalipsis encierra a todas las demás criaturas, es porque aparece llevando en su seno al Hijo de Dios, foco de luz divina, cuyos rayos la envuelven. Si aparece única, Madre sin varón, más bien Madre del Varón, es porque su maternidad no está subordinada a una paternidad terrena; para fecundarla bástale la acción divina del Espíritu Santo, calor fecundante, fuerza de poder y de amor infinito, que se irradia de la Luz eterna que lleva en su seno. Si toda ella se muestra revestida de luz celeste, y enfrente del dragón, símbolo de las tinieblas y del mal, representa a la potencia de la luz y del bien, es porque, Inmaculada desde su Concepción, se mantiene perpetuamente exenta del influjo tenebroso de la serpiente, de cuya amistad nunca participa, a cuyas iras nunca sucumbe. Si da gritos de dolor, los da en medio de su gloria luminosa, sin menoscabo ni eclipse; los da circundada por la gloria de Corredentora, que le arranca gritos de dolor por la sangre y la muerte de toda su Descendencia. Pero este dolor, lejos de significar una derrota o una mínima defeción, son la participación más gloriosa en la victoria de su Descendencia íntegra sobre la serpiente. Así que en esta gloria se dan la mano la maternidad divina y virginal con la pureza inmaculada y perpetua, que la prepara, y con la maternidad espiritual y dolorosa, que la sigue y la corona.

Esta gloriosa historia de la Mujer no comienza con su existencia terrena, ni con el principio de los tiempos: desde toda la eternidad existe en la mente divina, eternamente predestinada a toda esta gloria; predestinación incomparable, predestinación vinculada a la del Redentor su Hijo, predestinación que corrobora las prerrogativas que integran su gloria y realza la significación histórica de la Mujer en la concepción y realización de los planes divinos de la Redención y salud del linaje humano. Al lado del Redentor, el primero de los predestinados y principio de toda predestinación, ocupa el primer lugar, eminente y único, la Mujer que, dándole a luz, le incorpora en el linaje humano, o más bien incorpora en él a todos los hombres: hecha con un solo parto, incontaminado, virginal y divino, Madre del Redentor y Madre de los redimidos, Madre de Dios y Madre de los hombres.

JOSÉ M. BOVER, S. J.